FUNDACIÓN LEPE

PRINCIPAL. La procesión del 4 de octubre, hito central de la fiesta.

La gran fiesta DE CURIMÓN

Siglos de historia, cientos de personas peregrinando hasta un cerrito-isla, altares y banderitas de colores en las calles, cuecas en vivo y un centenar de jinetes animan una fiesta cerca de San Felipe que cada vez atrae a más forasteros al valle del Aconcagua.

POR *Marcela Saavedra Araya*, DESDE LA REGIÓN DE VALPARAÍSO.

A las cinco de la tarde, un mar de curimoninos inunda la calle principal. Familias completas —niños, abuelos, hasta perros— se agolpan en torno a un grupo de jóvenes que baila al ritmo de la cueca que resuena frente a la centenaria iglesia del pueblo.

"Yo quisiera tenerte hasta la muerte, ¡ay, cariño!", dicen los cantores, entre aplausos y zapateos, cuando poco a poco, justo frente a los viejos plátanos orientales de la plaza, una tropa de caballos empieza a acercarse. Son huasos de Curimón, pero además los hay venidos de Tierras Blancas, Los Boldos, San Antonio, Bucalemu y otras localidades de la Región de Valparaíso, que también celebran a Francisco, el santo de Asís, particularmente célebre por su amor hacia los animales.

"Hoy nos preparamos para un nuevo año de celebración, buscando las bendiciones del santo para este ciclo que se acerca", dice el sacerdote, al tiempo que una imagen de San Francisco (donde se le ve acompañado de un gato andino, un zorro culpeo y un picaflor de Arica), entre otras, es dispuesta sobre un pedestal para ser cargada en procesión.

Cada imagen va en hombros de entre 6 y 10 "anderos", quienes, apenas el cura termina de hablar, enfilan hacia la avenida principal de Curimón, en la última fase de la fiesta. En la procesión, tras las imágenes, la gente. Mucha gente. Luego, los caballos en hileras de a tres. Sobre ellos, los jinetes en sus mejores tenidas, chaquetas blancas, mantas bellamente tejidas.

Curimón agrega lo suyo: las calles están decoradas con banderitas y guirnáldas. Eso es afuera. Adentro, en las casas, las familias más tradicionales tienen su propia imagen del santo. O del Sagrado Corazón. O de la Virgen. Cada una en su propio altar junto a la puerta de entrada, desde donde saludan a los procesantes.

Esta conmemoración anual es una de las más tradicionales, antiguas y, quizá, poco conocidas de la región. Una festividad en que todos los de Curimón y otros pueblos más o menos próximos vienen a recorrer estas calles para acompañar el traslado de Francisco hasta un cerrito isla que está en medio del pueblo. Son sobre 1.500 personas y un centenar de caballos que llenan el espacio mientras suben a la cima, donde se realiza la misa que pone término a la festividad en esta zona de la comuna de San Felipe.

Y en medio de todo esto, cuesta recordar que es la tarde de un miércoles de octubre. Las 17 horas. Todavía jornada laboral en el resto del país, pero no este día ni a esta hora en Curimón.

FUNDACIÓN LEPE

PATRIMONIO. La celebración completa incluye bailes religiosos y sesiones de canto a lo divino.

FUNDACIÓN LEPE

CONVOCATORIA. Cerca de 1.500 personas vienen para participar de la fiesta de Curimón.

Cada 4 de octubre, los curimoninos se las arreglan para estar puntuales en la plaza, el cerro o cualquiera de las actividades para honrar al santo. Esta mañana, todo partió muy temprano con la Misa del Trabajador, donde los fieles llegan con sus herramientas o animales de faena en busca de la bendición.

Miguel Cordero (68), curimonino de toda la vida, uno de los organizadores de la fiesta, dice que antiguamente era común ver llegar hasta vacas, gallinas, chanchos o cabras a esta actividad. "Pero cada año es distinto", explica.

La personalidad de Francisco de Asís marca buena parte del espíritu de la celebración en esta localidad. Por eso, no extraña que más tarde, a eso de las 10 de la mañana, el cerro de Curimón parezca cercado por ladridos y otros sonidos más o menos familiares.

MASCOTAS. Los animales de la casa tienen un rol especial.

La segunda actividad del día, la Bendición de los Animales, implica que un montón de personas hace el ascenso junto a sus mascotas, para que también reciban la bendición. Y el desfile de peregrinos-trekkeros emociona: se ve pasar gente con perros, cajitas con gatos, caballos, conejos, algún loro y hasta un puercoespín.

La ruta está adornada con banderas de colores, arcos, pompones y guirnaldas, y arriba espera la imagen de un San Francisco de Asís que, para esta ocasión en especial, se encuentra junto a una tarima, donde se oficiará la ceremonia religiosa.

Al rato, arriba todo es un desorden. Los perros ladran, juegan, se pelean, mientras el sacerdote pasa entre las personas con un cuenco con agua bendita y una ramita que usa para salpicar a las mascotas y, de paso, a sus devotos dueños.

Miguel Cordero dice que esta actividad, por ejemplo, se viene realizando en Curimón hace más de cien años. Antes, sobre todo, eran vacas y ovejas. Ahora, mayormente mascotas.

El cerrito isla ubicado en el centro de Curimón, protagonista de varias de las actividades, y el que se sube en unos 20 minutos de caminata, es manejado por la Fundación Lepe, organización sin fines de lucro que apoya el desarrollo del patrimonio del pueblo. Ellos se encargan de mantener abierta todo el año esta colina para la comunidad, mientras promueven la valorización social del hito. Para eso, además, realizan campañas para reforestarlo y respaldan las actividades tradicionales que fortalecen el vínculo de los habitantes con el lugar. Como la fiesta de San Francisco, claro.

Curimón está a solo 11 minutos de San Felipe, en la ribera sur del río Aconcagua, rodeado por cerros fértiles. La historia indica que aquí había poblaciones antes de la llegada de los colonizadores españoles. Los europeos primero se establecieron aquí, pero con el tiempo San Felipe fue creciendo y volviéndose más relevante para la región, y Curimón se mantuvo como un pueblo más bien periférico, donde hoy viven alrededor de 2.600 personas.

Según Miguel Cordero, en esos primeros tiempos la zona fue el destino de grupos de franciscanos, lo que explica la devoción por el santo principal, y fundador, de esa congregación.

"A fines del siglo XVII se asentaron en Curimón", dice Cordero. Y agrega: "Venían para evangelizar en la fe católica y sobre la vida de San Francisco, y se quedaron acá".

Hacia el año 1700, explica luego Cordero, estos monjes construyeron la iglesia patrimonial y el convento local, ubicados frente a la plaza principal del pueblo, desde donde parte la procesión del 4 de octubre.

La iglesia, aunque está en proceso de restauración producto de los daños causados por un terremoto, continúa siendo centro de reunión del pueblo y un hito que congrega por su belleza. Y también por la importancia que por siglos tuvieron los franciscanos en este lugar.

Quizá por eso mismo, dice Cordero, lo de cada 4 de octubre es solo el hito final de la celebración. Todo parte mucho antes. Claro, está la organización de todo, pero además hay otras actividades previas.

"Todo comienza con una novena cada 25 de septiembre. Luego, se lleva el santo por varias de las localidades cercanas y, el día anterior a la fiesta, se realiza una farolada, donde todo el pueblo sube con velitas el cerro para asistir a una misa a eso de las siete de la tarde. Estas actividades muchas veces se acompañan de expresiones religiosas muy antiguas, como los bailes chinos y los cantos a lo divino con guitarrón chileno".

FUNDACIÓN LEPE

ARO, ARO. La procesión parte con un solemne pie de cueca frente a la iglesia.

Para los curimoninos, la procesión a la cima del cerro, poner adornos en sus casas o portar al santo en andas, son todas tradiciones que se heredan, que vienen de varias generaciones. Esta tarde, por ejemplo, el andero José Luis Leiva (71) fue el primero en llegar a la iglesia para cargar el estandarte del santo. Tenía un rociador pequeño y, cada cierto rato, refrescaba con agua las flores que adornan a San Francisco.

"Yo partí con esto en mi familia y hoy mi hermano, mis sobrinos y mi hijo también cargan", dijo luego.

José Luis nació en Curimón, pero no había tenido mayor participación en esta fiesta hasta los años 80, cuando su hija mayor, una niña en ese momento, tomó por error un frasco de jarabe para la tos y quedó hospitalizada. En estado muy grave, según recuerda.

"Esa vez le dije a San Francisco: 'Si me salvas a la niña, yo te cargo hasta que tenga fuerzas'. Después fui a la clínica y la niña llegó corriendo, saltando. Yo le pedí al santo de Curimón que la salvara y se salvó", contaría José Luis más temprano, a pleno sol, mientras esperaba a que la gente se reuniera.

Desde entonces, siempre cumple su compromiso: "Cuando trabajaba, prefería hacer turnos el 18 de septiembre para poder venir a cargar al santo el 4 de octubre".

Una devoción que, se puede apreciar mientras uno acompaña la procesión, actualmente atrae también a otros. No necesariamente creyentes. La festividad supera sus propias fronteras, y muchos aquí parecen apreciar tanto o más las cuecas, los adornos, el espíritu del lugar, la marcha de los vecinos, que la procesión misma en torno al santo. Quizá sea ese el primer paso.

Benigna González (64), otra de los organizadores de la fiesta curimonina, dice que para quienes están detrás de la actividad es lindo integrar a todos. "Que la gente joven se interese, participe y se apropie de la fiesta", dice.

"Nosotros no vamos a estar para siempre y queremos que haya más gente interesada. Por eso, en esa ocasión invitamos a toda la comunidad. Participaron las juntas de vecinos, los grupos deportivos, los colegios, jardines infantiles y apoderados, y fue un éxito", comenta con satisfacción. Su balance es particularmente positivo: "Ha resultado muy bueno. La gente se entusiasmó y este año la fiesta creció".

Así, parece asegurado el deseo de Benigna para esta fiesta: "Que perdure, que podamos continuar las tradiciones y que más personas puedan integrarse y aprender de lo que hace tanto tiempo venimos haciendo cada 4 de octubre". D